

ISLA DESOLACIÓN

PATRICK O'BRIAN

ISLA DESOLACIÓN

Una novela de la Armada inglesa

Traducción de Aleida Lama Montes de Oca



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Desolation Island*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2025

© 1978, Patrick O'Brian

All rights reserved.

© de la traducción: Aleida Lama Montes de Oca, 1996

© de la presente edición: Edhasa, 1996, 2025

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6462-0

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 20177-2024

Impreso en España

Para Mary, con amor

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA



Ésta es la quinta novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de él pueden perfectamente hacerlo, ofrecemos al final de la obra un amplio y detallado glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión en la terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros \longleftrightarrow 1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros \longleftrightarrow 1 cm = 0,3937 pulgadas

1 libra = 0,45359 kilogramos \longleftrightarrow 1 kg = 2,20462 libras

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg

CAPÍTULO 1



La sala de desayuno era la habitación más alegre de Ashgrove Cottage, y a pesar de que los constructores habían arruinado el jardín con montañas de arena, cal viva y ladrillos, y a pesar de que las paredes de la nueva ala de la casa, donde esta sala se encontraba, todavía olían a yeso, el sol entraba en ella a raudales haciendo brillar las fuentes de plata e iluminando la cara de Sophie Aubrey, sentada allí, esperando a su esposo. Su cara era extraordinariamente hermosa, y las arrugas que la pobreza de otro tiempo provocó casi habían desaparecido, pero su expresión denotaba cierta angustia. Sophie era la esposa de un marino, y el Almirantazgo, en un gesto bondadoso, le permitía disfrutar de la compañía de su esposo durante un periodo de tiempo muy largo, ya que le había otorgado a éste (en contra de su voluntad) el mando del servicio de guardacostas local en reconocimiento a los servicios prestados en el océano Índico, pero ella sabía que aquel periodo estaba tocando a su fin.

La angustia se transformó en satisfacción cuando oyó los pasos de él. La puerta se abrió y un rayo de sol iluminó el radiante rostro del capitán Aubrey, un rostro rubicundo donde se destacaban unos brillantes ojos azules, y ella, como si él lo llevara escrito en la frente, tuvo la certeza de que había comprado el caballo que tanto deseaba.

—¡Ah, estás ahí, cariño! —exclamó él, y luego le dio un beso

y se sentó en una butaca situada a su lado, una amplia butaca que crujió bajo su peso.

—Capitán Aubrey —dijo ella—, me temo que el beicon se ha enfriado.

—Primero una taza de café y después todo el beicon del mundo —dijo él, y empezó a levantar las tapas con la mano que tenía libre—. ¡Oh, Sophie, esto es *Fiddler's Green*!¹ Huevos, beicon, chuletas, arenques ahumados, riñones, pan... ¿Cómo está el diente?

Se refería a su hijo George, cuyos gritos provocaban la inquietud de la familia desde hacía algún tiempo.

—¡Ya le ha salido! —respondió la señora Aubrey—. Le salió durante la noche y ahora está muy bien, el pobre angelito. Le verás después del desayuno, Jack.

Jack se rio satisfecho y, después de una pausa, dijo con un tono grave:

—Cabalgué hasta la oficina de Horridge esta mañana para meterles prisa. Horridge no estaba, pero el aparejador me dijo que no tenían pensado venir a nuestra casa este mes. Parece que no toda la cal está apagada, y aunque lo estuviera, no podrían hacer nada porque el carpintero está enfermo y, además, todavía no les han entregado las tuberías.

—¡Tonterías! —exclamó Sophie—. Ayer un grupo de sus hombres estuvo colocando tuberías en casa del almirante Hare. Mamá los vio cuando pasaba por allí en el coche y le iba a hablar a Horridge, pero él se escondió detrás de un árbol. Los constructores son tipos extraños e irresponsables. Seguro que te sentiste muy decepcionado, cariño.

—Bueno, debo confesar que me enfadé. Además, tenía el estómago vacío. Pero como ya estaba allí, me fui al establo de Carroll y compré la potranca. Logré que me rebajara el precio a cuarenta guineas. Es un gran ahorro, ¿sabes?, porque, además de los

1 *Fiddler's Green*: Paraíso al que se creía que iban los hombres de mar al morir.

potrillos que tenga, se entrenará con Hautboy y Whiskers y hará que den lo mejor de sí. Apuesto cincuenta contra uno a que podré llevar a Hautboy a competir en Worral.

—Estoy ansiosa por verla —dijo Sophie con el corazón encogido.

Le desagradaban la mayoría de los caballos, excepto los que eran muy mansos, y sobre todo le desagradaban esos caballos de carrera, aunque descendían de Flying Childers y el mismísimo Darley Arabian por la rama de Old Bald Peg. Le desagradaban por muchas razones, pero conseguía ocultar sus sentimientos mejor que su esposo, que alegre y locuaz y con una mirada ansiosa continuó:

—La traerán esta mañana. Lo único que no me gusta es el suelo del nuevo establo... Si hubiera habido algunos días soleados y un fuerte viento del noreste, se habría secado del todo. No hay nada peor para los cascos de un caballo que la humedad. ¿Cómo está tu madre esta mañana?

—Se siente bastante bien, gracias, Jack. Todavía le duele un poco la cabeza, pero se comió un par de huevos y un cuenco de gachas. Bajaré con los niños. Está muy nerviosa por el reconocimiento que van a hacerle los médicos y se vistió antes que de costumbre.

—¿Qué será lo que retrasa a Bonden? —preguntó Jack, mirando hacia el reloj magistral, un reloj astronómico que tenía detrás.

—Tal vez se haya caído otra vez —dijo Sophie.

—Killick le hubiera levantado. No, no, me apuesto diez contra uno a que están hablando sobre sus conocimientos de equitación en el bar Brown Bear, los muy tontos.

Bonden era el timonel del capitán Aubrey, y Killick, su despensero, y le acompañaban en una misión tras otra siempre que era posible. Ambos habían empezado a navegar desde los primeros años de su vida (en realidad, Bonden había nacido entre dos cañones de la cubierta baja de la *Indefatigable*) y si bien eran ex-

celentes marineros de barcos de guerra, ninguno de los dos era muy buen jinete. Sin embargo, todos pensaban que lo más correcto era que la correspondencia dirigida al oficial al mando del servicio de guardacostas la recogiera un jinete, por eso ambos atravesaban diariamente los *downs*² en una jaca fuerte y rechoncha, muy conveniente porque estaba a poca altura del suelo.

Fuerte y rechoncha era también la señora Williams, la suegra del capitán Aubrey, que entró en ese momento seguida por una niñera con el bebé y un marinero con una sola pierna que precedía a dos niñas pequeñas. La mayoría de los sirvientes de Ashgrove Cottage eran marineros, y esto se debía en parte a la enorme dificultad de convencer a las sirvientas de que permanecieran allí, al alcance de la afilada lengua de la señora Williams, y en parte a que ellos, acostumbrados desde hacía tiempo a las reprimendas del contramaestre y sus ayudantes, no daban importancia a sus ataques. De todos modos, éstos eran mucho menos virulentos porque ellos eran hombres y porque dejaban el lugar como un barco de recreo del rey. Posiblemente, las líneas rectas que dividían el jardín y las que los arbustos formaban no eran del gusto de todos, ni tampoco las piedras pintadas de blanco que bordeaban los senderos, pero no era posible que un ama de casa no se sintiera impresionada al ver el brillo de los suelos, que los marineros frotaban con arena, fregaban y secaban todos los días antes del amanecer, o el de las cacerolas de cobre en la immaculada cocina, o el de los cristales de las ventanas repintadas constantemente.

—Buenos días, señora —dijo Jack, poniéndose de pie—. Espero que se encuentre bien.

2 *Downs*: colinas calizas situadas en la costa sureste de Inglaterra, de poca altitud pero muy escarpadas. Se extienden de este a oeste en dos cadenas paralelas a través de los condados de Surrey, Kent (donde forman el acantilado de Dover) y Sussex.

—Buenos días, comodoro; mejor dicho, capitán. Ya sabe usted que no me quejo nunca, pero tengo aquí una lista —dijo, agitando un papel donde estaban escritos todos sus síntomas— que asombrará a los médicos. Espero que el peluquero llegue antes que ellos. Pero no hablemos más de mí... Aquí tiene a su hijo, comodoro; mejor dicho, capitán. Le ha salido el primer diente.

Tocó con el codo a la niñera para que se adelantara y Jack observó aquel rostro humano extremadamente pequeño, sonrosado y alegre envuelto en lana. George esbozó una sonrisa y luego se rio, dejando a la vista el diente. Jack introdujo el dedo índice en aquella envoltura y dijo:

—¿Cómo estás? Muy bien, seguro. Estupendamente. ¡Ja, ja!

El niño le miró asustado y asombrado a la vez y la niñera retrocedió.

—¿Por qué habla usted tan alto, señor Aubrey? —preguntó la señora Williams lanzándole una mirada de reproche.

Sophie cogió al niño en brazos y le susurró:

—Vamos, vamos, angelito mío.

Las mujeres se reunieron en torno a George y comentaron que los niños tenían el oído muy sensible, que una fuerte palmada podía afectarlo y que los varones eran mucho más delicados que las hembras.

Jack tuvo un momentáneo e indigno ataque de celos al ver que las mujeres (sobre todo Sophie), como tontas, mostraban su amor y su devoción por la pequeña criatura, pero apenas había tenido tiempo de avergonzarse de ello y de pensar: «He sido la reina del carnaval durante demasiado tiempo», cuando Amos Dray, antiguo ayudante del contramaestre en la *Surprise* —una fragata de su majestad—, quien antes de perder la pierna se encargaba de dar latigazos, y era la persona que lo hacía de la forma más concienzuda y menos parcial en toda la flota, se puso la mano alrededor de la boca y susurró con voz grave y potente:

—Colóquense en la raya, pequeñas.

Las dos gemelas con cara de pudín y con delantales limpios avanzaron hasta una marca que había en la alfombra. Entonces, en voz alta y con un tono muy agudo, dijeron a la vez:

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Charlotte. Buenos días, Fanny —dijo su padre, y se inclinó hacia delante para besarlas hasta que sus calzones crujieron—. ¡Vaya! Tienes un chichón en la frente, Fanny.

—No soy Fanny —dijo Charlotte, frunciendo el entrecejo—. Soy Charlotte.

—Pero tienes puesto un delantal azul —dijo Jack.

—Porque Fanny se puso el mío. Y me pegó con la zapatilla, la... tonta —dijo Charlotte, conteniendo su furia con dificultad.

Jack miró asustado hacia la señora Williams y Sophie, pero ellas estaban arrullando al niño todavía. Casi al mismo tiempo, Bonden trajo la correspondencia. Dejó en el suelo la bolsa que la contenía, una bolsa de cuero negro con una placa de latón con el nombre de Ashgrove Cottage grabado, en el momento en que los niños, su abuela y los sirvientes salían de la habitación, y se excusó por llegar tarde diciendo que aquel día tenía lugar el mercado allí abajo. Era un mercado de caballos y ganado.

—Seguro que estaba muy lleno.

—Abarrotado, señor. Pero encontré al señor Meiklejohn y le dije que usted no iría a su oficina hasta el sábado.

Bonden vaciló. Entonces Jack le miró inquisitivamente y él continuó:

—La verdad es que Killick hizo una compra, una compra legal, y me pidió que fuera el primero en decírselo, su señoría.

—¿Ah, sí? —preguntó Jack abriendo la bolsa—. Un jamelgo, seguramente. Le deseo que le saque provecho. Puede dejarlo en el establo viejo.

—No es exactamente un jamelgo, señor, aunque estaba atada con un cabestro. Si me permite decirlo, tiene dos piernas y una falda. Es una esposa, señor.

—¿Para qué demonios quiere una esposa? —preguntó Jack, asombrado.

—Bueno, señor —respondió Bonden enrojando y apartando la vista de Sophie—, no lo sé muy bien, pero se compró una legalmente. Parece que ella y su esposo no estaban de acuerdo, por eso él la llevó al mercado atada con un cabestro. Y Killick la compró legalmente: depositó las monedas a la vista de todos y dio un apretón de manos. Había tres para escoger.

—¡Pero no se puede vender a una esposa...! ¡Eso es tratar a las mujeres como si fueran ganado! —exclamó Sophie—. ¡Qué vergüenza! ¡Eso es una barbaridad, Jack!

—Parece un poco raro, pero es una costumbre, ¿sabes?, una costumbre muy vieja.

—Pero, indudablemente, no permitirás algo tan horrible, capitán Aubrey.

—Bueno, por lo que se refiere a eso, no quisiera ir en contra de la costumbre ni del derecho consuetudinario, a menos que existiera algún impedimento o, como dicen, algún aspecto ilegítimo. ¿Qué sería de la Armada si no siguiéramos las costumbres? Hazle pasar.

—Bueno, Killick... —dijo cuando tuvo frente a él a la pareja formada por su despensero, un hombre de mediana edad, feo, alto y delgado, con un aspecto más extraño de lo habitual debido a la vergüenza que sentía, y una joven de ojos negros muy vivaracha, un auténtico placer para cualquier marinero—. Bueno, Killick, espero que no vayas al matrimonio de forma precipitada, sin pensarlo bien. El matrimonio es algo muy serio.

—¡Oh, no, señor! Lo he pensado bien. Lo he pensado durante casi veinte minutos. Había tres para escoger, y ésta —dijo, mirando cariñosamente a su adquisición— era la mejor del grupo.

—Pero, Killick, ahora que lo pienso, tenías una esposa en Mahón. Me lavaba las camisas. No debes cometer bigamia, ¿sabes? Eso es infringir la ley. Tenías una esposa en Mahón.

—Tenía dos, su señoría; la otra estaba en Wapping Dock. Pero no eran fijas, ni con certificado..., usted ya me entiende, señor. No las había comprado legalmente, con el cabestro en la mano.

—Bueno —dijo Jack—, supongo que querrás incluirla en la servidumbre, pero primero tendrás que presentarte ante el párroco. Vete enseguida a la rectoría.

—Sí, sí, señor —dijo Killick—. A la rectoría.

—¡Oh, Sophie, qué problema! —exclamó Jack cuando ambos se quedaron solos otra vez y abrió la bolsa—. Para mí hay una del Almirantazgo, otra del Comité de Ayuda de los Enfermos y Heridos y una que parece de Charles Yorke... Sí, éste es su sello. Para Stephen hay dos, que quedan a tu cuidado.

—Quisiera *poder* estar al cuidado de él, pobrecillo —dijo Sophie, mirándolas—. También éstas son de Diana.

Dejó las cartas en una mesita, junto a otra donde aparecía escrito «Stephen Maturin, doctor en medicina» con la misma letra de rasgos pronunciados, y se quedó mirándolas en silencio.

Diana Villiers era una prima de Sophie un poco más joven que ella y de naturaleza mucho más apasionada. Tenía el pelo negro y los ojos de un intenso color azul, y algunos preferían su belleza a la que poseía la señora Aubrey. En un periodo en que Sophie y Jack estaban separados, mucho antes de su matrimonio, tanto Jack como Stephen Maturin habían hecho cuanto estaba a su alcance por ganarse el favor de Diana, y como resultado de ello Jack casi había arruinado su carrera y su compromiso matrimonial. Y a Stephen, que pensaba que ella iba a casarse con él por fin, su marcha a América bajo la protección de un tal señor Johnson le había herido profundamente, tan profundamente que casi había perdido las ganas de vivir. Stephen había pensado que Diana iba a casarse con él porque, a pesar de que la razón le decía que una mujer de sus relaciones, su belleza, su orgullo y su ambición no era una pareja adecuada para el hijo ilegítimo de un

oficial irlandés al servicio de su majestad el rey católico y una dama catalana, para un hombre corriente y de baja estatura cuyo único cargo ostensible era el de cirujano naval, a pesar de todo eso, estaba perdidamente enamorado de ella y su corazón había vencido a su razón, causándole un gran daño.

—Incluso antes de enterarnos de que ella estaba en Inglaterra, sabía que el pobre Stephen le daba vueltas en la cabeza a alguna idea —dijo Sophie.

Hubiera añadido cuáles eran las insignificantes pruebas que tenía de ello (una nueva peluca, nuevas chaquetas y una docena de excelentes camisas de batista), pero sentía por Stephen un cariño fraternal como el que pocos hermanos han recibido y no podía soportar la idea de que hiciera el ridículo.

—Jack —continuó—, ¿por qué no le buscas un buen sirviente a Stephen? Ni siquiera en los peores momentos Killick te hubiera dejado llevar una camisa durante quince días ni las medias desaparejas ni esa horrible chaqueta vieja. ¿Por qué nunca ha tenido a su lado a un hombre de confianza?

Jack sabía muy bien por qué Stephen nunca había tenido un mismo sirviente durante cierto tiempo ni a nadie que se familiarizara con sus costumbres, sino que se había contentado con la ayuda esporádica de infantes de marina o de grumetes, preferiblemente iletrados, o de algún miembro de la guardia de popa poco inteligente. Es que el doctor Maturin, además de ser cirujano naval, era uno de los más apreciados espías del Almirantazgo, y el secreto era fundamental para proteger su vida y la de sus numerosos contactos en la vasta área dominada por Bonaparte y, sobre todo, para realizar su trabajo. Inevitablemente, Jack se había enterado de eso mientras prestaban servicio juntos, pero no tenía intención de decírselo a nadie, ni siquiera a Sophie, y le respondió que, si bien con constancia se podía convencer a una manada de tercas mulas, nada, por mucho esfuerzo que se hiciera, persuadiría a Stephen de que se apartara del camino escogido.

—Diana podría persuadirle fácilmente —dijo Sophie.

Su rostro no parecía acostumbrado a tener una expresión iracunda; sin embargo, reflejaba ahora una serie de sentimientos violentos: indignación por lo que le ocurría a Stephen, disgusto porque volvía a aparecer aquella complicación y la desaprobación e incluso los celos propios de una mujer de un moderado deseo sexual por otra que era totalmente opuesta. Pero todos esos sentimientos eran atemperados por el deseo de no pensar ni hablar descortésmente.

—Seguro que podría —dijo Jack—. Y si con ello le hiciera feliz de nuevo, bendeciría ese día. Hubo un tiempo —miró por la ventana hacia el exterior— en que creía que era mi deber como amigo..., en que creía que manteniéndoles separados estaba haciendo lo correcto. Pensaba que ella era malvada, diabólica, destructiva y que sería su ruina. Pero ahora no sé... Tal vez uno no deba interferir nunca en estas cosas, pues son demasiado delicadas. No obstante, si uno ve a un hombre con los ojos vendados que va a caer en un pozo... Actué con la mejor intención, según mis propias ideas, aunque quizá mis ideas no eran muy brillantes.

—Seguro que hiciste bien —dijo Sophie, tocándole el hombro para consolarle—. Después de todo, ella demostró ser una..., bueno..., ¿cómo decirlo?, una mujer liviana.

—Bueno, por lo que se refiere a eso —dijo Jack—, cuanto más viejo soy menos creo en esas sutilezas. Las personas difieren mucho, incluidas las mujeres. Hay mujeres que dan a estas cosas el mismo valor que los hombres, mujeres para las cuales el hecho de acostarse con un hombre carece de importancia, y es algo que no cambia su esencia, podría decirse, que no las convierte en putas. Perdóname por usar esa palabra, cariño.

—¿Quieres decir que hay hombres que no dan importancia al hecho de faltar a un mandamiento? —preguntó su esposa sin hacer caso de su observación.

—Me parece que he entrado en un terreno peligroso —dijo Jack—. Lo que quiero decir es... Sé muy bien lo que quiero decir, pero no acierto a expresarlo con palabras. Stephen podría expresarlo mucho mejor..., podría explicarlo con claridad.

—No creo que ni Stephen ni ningún otro hombre pueda explicarme con claridad por qué incumplir las promesas que se hacen en el matrimonio no tiene importancia.

En ese momento, un horrible animal apareció entre los cascotes que habían dejado los constructores, un animal pequeño y de color plumizo que parecía un poni sin orejas, y sobre él iba un hombrecillo con una gran caja cuadrada.

—Ahí está el peluquero —anunció Jack—. Llega condenadamente..., extremadamente tarde. Tu madre tendrá que rizarse el pelo después de la consulta, porque los médicos tienen previsto estar aquí dentro de diez minutos, y sir James suele llegar con la exactitud de un reloj.

—Ni siquiera el hecho de que la casa se estuviera quemando induciría a mamá a aparecer aquí mal peinada —dijo Sophie—. Habrá que enseñarles el jardín. Y, de todos modos, seguramente Stephen llegará tarde.

—Podría ponerse un sombrero —dijo Jack.

—Por supuesto que va a ponerse un sombrero —dijo Sophie con una expresión compasiva—. Sería imposible que recibiera sin sombrero a unos caballeros desconocidos. No obstante, éste debe cubrir su pelo bien peinado.

La razón por la cual esos caballeros acudían a Ashgrove Cottage para pasar consulta era el estado de salud de la señora Williams. Hacía algún tiempo, a la señora Williams le habían extirpado un tumor benigno, y había resistido la operación con una entereza que asombraba al doctor Maturin, a pesar de que estaba acostumbrado a ver el coraje y la resignación de los marineros. Pero desde entonces se sentía deprimida, y había esperanza de que aquellos eminentes doctores, por su enorme prestigio, pudie-

ran persuadirla de que tomara las aguas en Bath, Matlock Wells o más al norte.

Sir James viajaba en el coche del doctor Lettsome, de modo que ambos llegaron juntos, y ambos declinaron la invitación del capitán Aubrey para ver el jardín. Entonces a Jack le llamaron para que fuera a recibir al tratante de caballos con la nueva potranca y los dejó allí, con una botella frente a ellos.

Los médicos se habían fijado en las alas que le estaban añadiendo a Ashgrove Cottage, en la cochera para dos coches, en la larga hilera de establos, en la brillante cúpula de la torre del observatorio que se encontraba a cierta distancia, y ahora, con una mirada experta, trataban de valorar el lujo que había en aquella sala: muebles nuevos, de madera maciza, cuadros de Pocock y otros prestigiosos pintores donde estaban representados barcos y batallas navales, y un retrato del capitán Aubrey pintado por Beechey en el que aparecía con el uniforme de capitán de navío y con la cinta roja de la orden de Bath cruzando su ancho pecho, mirando sonriente hacia una bomba de mortero que estallaba. También se veía en ese cuadro el escudo de armas de la familia Aubrey, al cual le habían añadido dos honorables emblemas, dos cabezas de moros, pues recientemente Jack había sumado Reunión y Mauricio a las posesiones de su rey, y éste le estaba agradecido, y como en el colegio de heraldistas conocían muy poco esas posesiones, les había parecido que los moros eran apropiados para representarlas. Los médicos miraban a su alrededor mientras bebían el vino a sorbos, y con evidente satisfacción hacían un cálculo de sus honorarios.

—Permítame servirle otro vaso, estimado colega —dijo sir James.

—Es usted muy amable —dijo el doctor Lettsome—. Es un excelente vino de Madeira. Parece que el capitán ha sido muy afortunado por lo que se refiere a los botines.

—Dicen que en Reunión recuperó dos o tres barcos de los que hacen el comercio con la India.

—¿Dónde está Reunión?

—Bueno, es la isla que solían llamar Bourbon, ¿sabe? Se encuentra en las proximidades de Mauricio.

—¿Ah, sí? —preguntó el doctor Lettsome.

Entonces empezaron a hablar de su paciente. Dijeron que era recomendable el sulfato de hierro por su efecto tonificante..., el cólico tenía muchos efectos secundarios cuando se administraba en dosis elevadas..., la valeriana ya se había usado mucho..., el embarazo era muy importante en casos como ése y en casi todos los demás..., valía la pena probar con sanguijuelas detrás de las orejas..., había que tener en cuenta los lenitivos y el efecto que producían en el bazo..., almohadas rellenas de frutos del lúpulo desecados..., baños fríos después de beber una pinta de agua en ayunas..., dieta ligera..., poción negra... El doctor Lettsome dijo que había obtenido un buen resultado usando opio en casos similares.

—La adormidera puede convertir a una fiera en una rosa —dijo.

Le gustó la frase, y en voz más alta y con tono grandilocuente dijo:

—A una fiera la adormidera puede convertirla en una rosa. Pero sir James, con expresión sombría, replicó:

—La adormidera está muy bien en el lugar adecuado. Y cuando pienso en su consumo excesivo, en el peligro de adicción, en el riesgo de que el paciente se convierta en un esclavo, me parece que el lugar adecuado para ella es el jardín. Conozco a un hombre muy inteligente que la consumió en exceso en forma de tintura de opio, de láudano, y se habituó a una dosis nada menos que de dieciocho mil gotas diarias, como la mitad de esta botella. Logró dejar el hábito, pero, durante una reciente crisis de sus negocios, recurrió de nuevo a ese bálsamo. Aunque nunca, por decirlo así, se ha emborrachado con el opio, sé de buena fuente que tampoco está sobrio desde hace más de quince días y que... ¡Ah,

doctor Maturin! —exclamó al abrirse la puerta—. ¿Cómo está usted? Creo que ya conoce a nuestro colega Lettsome.

—Servidor de ustedes, caballeros —dijo Stephen—. Espero que no hayan estado esperando por mí.

Dijeron que no y añadieron que su paciente aún no estaba preparada para recibirlos. ¿Podrían tentar al doctor Maturin con un vaso de aquel excelente vino de Madeira? El doctor Maturin contestó que sí y mientras lo bebía comentó que los cadáveres habían aumentado de precio de manera asombrosa. Esa misma mañana había regateado para comprar uno por el que unos sinvergüenzas pedían cuatro guineas... ¡Un cadáver de provincia a un precio de Londres! Les había dicho que su avaricia aniquilaría la ciencia y a la vez su propio negocio, pero había hablado en vano. No obstante, estaba muy satisfecho con el cadáver, pues era uno de los pocos cadáveres femeninos que había visto con una calcificación casi total de la aponeurosis de las palmas de las manos; y, además, por decirlo así, estaba fresco, pero como sólo le interesaban sus manos, quería saber si alguno de sus colegas deseaba compartirlo.

—Me complace mucho poder darles a mis alumnos un hígado fresco —dijo sir James—. Lo meteremos dentro del portaequipajes.

Al acabar de decir eso, se puso de pie, pues la puerta se había abierto y había entrado la señora Williams con un fuerte olor a pelo quemado.

La consulta siguió su lento curso, y Stephen, sentado aparte, pensaba que aquellos médicos serios y atentos se merecían sus honorarios, por muy exorbitantes que fueran. Observó que ambos tenían un don natural para el aspecto histriónico de la medicina, un don que él no poseía, y se sorprendió de su habilidad para hacer hablar a la señora Williams. También se sorprendió de que, a pesar de su presencia en la habitación, la señora dijera tantas mentiras, como que era «una viuda sin hogar»

y que no tenía deseos de aparecer en público desde «la degradación» de su yerno.

No era una viuda sin hogar. La hipoteca de Mapes, su enorme casa, se había acabado de pagar con el botín conseguido en Mauricio, pero ella prefería alquilarla. Y por lo que se refería a su yerno, había estado al mando de una escuadra en el océano Índico con el cargo temporal de comodoro, pero en cuanto la campaña había finalizado, en cuanto la escuadra se había disgregado, como era lógico, había vuelto a ser simplemente capitán, pero eso no era una degradación. A la señora Williams le habían explicado todo eso una y otra vez, y, sin duda, había entendido los aspectos elementales. Obviamente, el hecho de que aquella mujer fuerte, estúpida y dominante dijera de nuevo esas cosas en su presencia, consciente de que él sabía que sus palabras eran falsas, era una prueba evidente de que intentaba inspirar lástima o quizás obtener aprobación.

Con el tiempo, la señora Williams enronqueció y la actitud de sir James se hizo más autoritaria. La inminencia de la comida era ya indudable y Sophie entraba y salía precipitadamente. Y por fin la consulta terminó.

Stephen fue a buscar a Jack a los establos y se encontró con él a mitad de camino, entre las humeantes montañas de cal.

—¡Stephen! ¡Qué alegría verte! —exclamó poniéndole las dos manos sobre los hombros y mirándole con gran afecto—. ¿Cómo estás?

—Lo hemos logrado —dijo Stephen—. Sir James ha sido tajante: la paciente tiene que ir a Scarborough o no podremos responder de lo que le ocurra. Viajará al cuidado de un ayudante del doctor Lettsome.

—Bueno, me alegra que la señora esté tan bien cuidada —dijo Jack, sonriente—. Ven a ver mi última adquisición.

—Verdaderamente, es un hermoso animal —dijo Stephen mientras ambos observaban cómo la potranca era llevada de un

lado a otro—. Una hermosa potranca, tal vez demasiado hermosa, incluso llamativa. Es un poco cerrada de corvejones y por el hecho de tener el tronco pequeño probablemente tenga la grupa estrecha. Tiene la vista y el oído poco ejercitados. ¿Puedo montarla?

—No tendrás tiempo —respondió Jack, mirando su reloj—. Enseguida sonará la campana anunciando la comida. ¿Verdad que es un magnífico animal? —Miró hacia atrás con admiración mientras apartaba rápidamente a Stephen de allí—. Está hecho para ganar en Oaks.

—No soy un entendido en caballos —dijo Stephen—, pero te ruego que no arriesgues tu dinero con esa potranca hasta que no la hayas observado durante más de seis meses.

—¡Oh, mucho antes ya estaré navegando! —exclamó Jack—. Y espero que tú también, si tus asuntos te lo permiten. Tenemos que correr como liebres... Tengo estupendas noticias... Te contaré todo cuando los médicos se vayan.

Las liebres corrieron torpemente, jadeando.

—Tu equipaje está en tu antigua habitación, por supuesto —dijo Jack, y luego corrió escaleras arriba para cambiarse de chaqueta, y reapareció cuando el reloj daba la primera campanada que marcaba la hora.

—Una de las cosas que me gustan de la Armada —dijo sir James cuando iba por la mitad del primer plato— es que enseña a darle al tiempo la importancia debida. Entre marineros, un hombre siempre sabe cuándo se va a sentar a la mesa, y los órganos del aparato digestivo agradecen esa puntualidad.

«Me gustaría que un hombre también supiera siempre cuándo se va a levantar de la mesa», pensó Jack aproximadamente dos horas después, cuando los órganos de sir James todavía mostraban gratitud por recibir oporto y nueces. Ardía en deseos de decirle a Stephen que tenía una nueva misión y que le gustaría que viajara con él una vez más, si era posible, y también ardía en deseos

de compartir con su amigo el secreto de cómo hacerse inmensamente rico y de escuchar lo que éste quisiera contarle de sus asuntos, no de aquellos que habían ocupado su atención durante su reciente ausencia —porque respecto a esos Stephen no era más locuaz que una tumba—, sino de los relacionados con Diana Villiers y las cartas que últimamente le habían subido a su habitación. Sin embargo, en voz alta dijo:

—Vamos, Stephen, eso no es justo. La botella se ha quedado ahí.

Aunque Jack había hablado muy alto y con voz muy clara, hasta que no repitió esas palabras Stephen no hizo ningún movimiento. Entonces salió de sus meditaciones, miró a su alrededor y empujó la botella hacia delante, y los médicos le miraron atentamente, con la cabeza ladeada. Jack, cuyos ojos estaban más acostumbrados a verle, no observó ningún cambio notable. Stephen no estaba mucho más pálido ni taciturno de lo habitual, aunque parecía un poco más soñador. A pesar de todo, Jack se alegró enormemente cuando los doctores se disculparon por no quedarse a tomar el té y llamaron a su lacayo. Luego, conducidos por Stephen, fueron a la cochera con una sierra y, después de un horrible intervalo, metieron un bulto envuelto en un sudario en la parte trasera del coche (donde habían llevado muchos otros, tantos que el lacayo y los caballos tenían experiencia en materia de resurrección). Entonces reaparecieron, se embolsaron sus honorarios, se despidieron y se marcharon.

Sophie se encontraba sola en el salón, donde estaban la tetera y la cafetera, cuando Jack y Stephen fueron a reunirse con ella por fin.

—¿Le has hablado a Stephen del barco? —preguntó ella.

—Todavía no, cariño —respondió Jack—, pero estaba a punto de hacerlo. ¿Te acuerdas del *Leopard*, Stephen?

—¿El viejo y horrible *Leopard*?

—¡Eres un tipo terrible! Primero criticas a mi nueva potranca, que tiene mayores posibilidades de ganar en Oaks que todos

los caballos que he visto en mi vida. Y permíteme decirte, querido Stephen, con la debida humildad, que soy la persona que más entiende de caballos en la Armada...

—No lo dudo, amigo mío... He visto muchos caballos marinos... ¡Ja, ja! Sí, hay que llamarlos caballos porque tienen casi cuatro patas y no están emparentados con ningún otro miembro del reino animal.

A Stephen le encantó su ocurrencia, y durante un corto intervalo emitió un sonido chillón, el más parecido a la risa que era capaz de emitir, y luego dijo:

—En Oaks... ¡Ya, ya...!

—Bueno —dijo Jack—, y ahora me dices «el viejo y horrible *Leopard*». Es cierto que era algo lento y estaba desvencijado cuando estaba bajo el mando de Tom Andrews, pero en el astillero se ocuparon de hacerle toda clase de reparaciones. Le pusieron barras diagonales, según la idea de Snodgrass, nuevos sobretrancaniles, todas las curvas³ de hierro, según la idea de Roberts..., bueno, no me extenderé en detalles. El caso es que ahora es el mejor navío de cincuenta cañones a flote, sin exceptuar el *Grampus*. ¡Y es el mejor de cuarta clase⁴ de la Armada!

Probablemente era el mejor navío de cuarta clase de la Armada, pero, como Jack sabía muy bien, los navíos de cuarta clase eran escasos y tendían a desaparecer, y hacía más de medio siglo que los habían excluido de la línea de batalla. Además, el *Leopard* nunca había sido un destacado representante del grupo. Jack conocía sus defectos como cualquier otro hombre y sabía que en 1776 había sido diseñado y construido a medias, que, lamentablemente, había permanecido en esa situación, pudriéndose a la

3 *Curvas*: Pieza de madera naturalmente curva que se emplea en los barcos para asegurar dos maderos unidos en ángulo.

4 *Clase*: En la Armada real, los navíos se dividían en clases atendiendo al número de cañones que tenían. Los de cuarta clase tenían entre cincuenta y sesenta cañones.

intemperie, diez años más o menos, y que después lo habían llevado a Sheerness, donde había sido botado por fin en 1790, comenzando así su mediocre carrera. Pero había seguido las reparaciones con atención y celo profesional, y, a pesar de que sabía que no sería nunca una excelente embarcación, tenía la seguridad de que estaba en buenas condiciones para navegar. En realidad, no le gustaba el navío en sí mismo, sino su destino, pues anhelaba conocer otros mares y las islas Molucas.

—El *Leopard* tenía muchas cubiertas, si no recuerdo mal —dijo Stephen.

—¡Oh, sí! Es un navío de cuarta clase, así que tiene dos puentes. Y es muy espacioso, casi tan espacioso como un navío de línea. Dispondrás de todo el espacio del mundo, Stephen. No iremos apretados como en una fragata. Tengo que admitir que por primera vez el Almirantazgo ha sido generoso conmigo.

—Creo que deberían haberte dado un navío de primera clase y un título de nobleza —dijo Sophie.

Jack miró hacia ella sonriendo dulcemente y continuó:

—Me dieron a escoger entre el *Ajax*, un nuevo navío de setenta y cuatro cañones que está en el astillero, y el *Leopard*. El navío de setenta y cuatro cañones será una embarcación extraordinaria, el mejor navío de setenta y cuatro cañones que uno pueda desear, pero significa el Mediterráneo y estar a las órdenes de Harte, y hoy por hoy en el Mediterráneo no hay posibilidades de conseguir honores, ni tampoco fortuna.

También en esas palabras de Jack había cierta falsedad, pues, aunque era cierto que en aquella fase de la guerra había muy pocas cosas para un marino en el Mediterráneo, la presencia del almirante Harte era más importante para Jack de lo que había dado a entender. En otro tiempo, Jack había convertido en un cornudo al almirante, un hombre sin escrúpulos y vengativo que no dudaría en destruirle si podía. A lo largo de su carrera naval, Jack había hecho muchos amigos en la Armada, pero, sorprendente-

mente, a pesar de ser un hombre amistoso, había hecho también un gran número de enemigos. Unos le envidiaban por su éxito, otros (los de más rango que él) le habían considerado demasiado independiente e incluso rebelde en su juventud, otros estaban en contra de sus ideas políticas (él odiaba a los *whigs*) y otros le guardaban rencor por el mismo motivo que Harte o porque se imaginaban que lo tenían.

—Tienes todos los honores que un hombre puede desear, Jack: unas heridas horribles y mucho dinero —dijo Sophie.

—Si Nelson hubiera pensado como tú, cariño, se habría retirado después de la batalla de Saint Vincent y la acción de guerra del Nilo no habría tenido lugar. ¿Y entonces qué habría sido de Jack Aubrey? Habría sido un simple teniente hasta el fin de sus días. No, no, en la carrera de un hombre, los honores nunca son bastantes. Y, en verdad, creo que el dinero nunca es bastante tampoco. Pero el *Leopard* tiene como destino las Indias Orientales, donde no hay probabilidades de que tengan lugar muchos combates —miró a Sophie—, pues el motivo de ir hasta allí es simplemente la extraña situación que existe en Botany Bay. El *Leopard* se dirigirá al sur y tendremos que cambiar ese estado de cosas y luego reunirnos con el almirante Drury en las inmediaciones de Penang, anotando nuestras observaciones respecto a la velocidad. Stephen, piensa en las oportunidades que tendrás en miles de millas de costas y aguas casi desconocidas. En la costa podrán ver el uombat, los que tengan interés en él, pues, a pesar de que éste no será un tranquilo viaje de exploración, estoy seguro de que habrá tiempo para ver el uombat o el canguro cuando tengamos que observar algún fondeadero importante. Seguro que encontraremos islas desconocidas y habrá que establecer su posición, y aproximadamente en los ciento cincuenta grados este y los veinte grados sur podremos ver un eclipse total si llegamos a tiempo. Piensa en las aves, Stephen, en los insectos, en los casuarios..., ¡y sobre todo en el lobo de Tasmania! Nunca se le ha ofrecido una